



el narrador nómada que soy

PROEMIO

Voy a contar una historia difícil de creer, pero es la historia de mi vida y de mi muerte. Por eso la conozco bien.

Yo era un hombre curtido y austero. Si alguien me hubiera preguntado, podría haber respondido que vivía desde hacía más de mil años porque cuando me cubría el manto del olvido no recordaba el día ni el lugar en que nací. Nadie sabía mi nombre, ni mi edad; y sin embargo, cada vez que llegaba a una aldea, todos parecían conocerme y se alegraban de recibirme.

En los tiempos antiguos, yo había perdido a mi amada Helena y a mi hija Khala en un naufragio, una noche de tormenta, en medio de un mar ensangrentado, en la que mi barco fue asaltado en plena tempestad, las mujeres violadas y las velas incendiadas antes de naufragar. Desde entonces expié mis culpas recorriendo los valles y montañas de lugares olvidados que eran imposibles de encontrar en los mapas.

Siempre seguía el mismo ritual: en cada valle que llegaba buscaba cobijo en una casa de la aldea, reunía a algunos vecinos y les hablaba o les contaba una historia, como antes de mí habían hecho los recitadores griegos o los cuentistas árabes alzando su voz en las calles y plazas de Damasco. Tras pasar la noche allí, al amanecer, después de meditar leyendo al azar algún versículo del «*Libro de los Proverbios*», ponía rumbo a otro valle, a otra aldea.

De un lugar a otro, la naturaleza cambiaba caprichosamente pero eso a mí no me importaba. También las estaciones y el paisaje eran radicalmente diferentes: unas casas en la montaña, rodeadas por la nieve invernal, daban paso a la frondosidad de una jungla tropical en el solsticio de verano o a la claridad primaveral de un valle junto a un río que se abría en cuatro brazos. Una aldea de piedra, en medio

del desierto, desembocaba por un desfiladero en tierras assoladas por la peste donde un día se levantó una ciudad de cristal.

A nadie extrañaba que yo apareciera de repente porque todos sabían y deseaban que algún día yo habría de llegar y parecían estar aguardándome aunque fuera por motivos muy diferentes: alegrar la pena de una pérdida, celebrar las cosechas, olvidar el remordimiento, anclar sus esperanzas, curar el desaliento o la desesperación, llenar su soledad, satisfacer el deseo de recibir alguna buena nueva o simplemente escuchar una buena historia que los emocionara y aliviara su desamparo.

Para cada historia, yo escogía unas cuantas palabras y en torno a ellas construía un relato en el que incorporaba alegorías, metáforas, vedas y cuentos ancestrales de tradición oral con los que intentaba contar cosas ocultas desde el principio de los tiempos. También me gustaba mezclar parábolas y rescatar algunos pasajes misteriosos de la mitología babilónica que conocía de memoria.

Mientras narraba, acompañado por el encantamiento de mi voz, algunos oyentes me hacían preguntas, otros interrumpían cuando les venía en gana; los había que lloraban o reían o se curaban.

«¿Dónde había aprendido yo el arte de narrar?», me preguntaba. «¿Lo aprendí con los chamanes o tal vez en las primeras iglesias del Asia Menor?».

Quizás fue en las ferias de Persia, por donde paseé de niño, o recitando una y otra vez los versos de la «*Iliada*» que un día descubrí en una biblioteca de Bizancio.

En el sonido de mis palabras había algo que hacía despertar a los dormidos, temer a los poderosos, llorar a los incrédulos. En ocasiones procuraba tal alegría al auditorio que todos reían y sus ojos brillaban como luciérnagas.

También estaban los que me buscaban por la espalda para hablarme a solas:

—¿Pero tú quién eres? —me preguntaban.

—Yo soy quien tú quieres que sea. Fui guerrero, profeta y traidor. Conocí la miseria, la culpa, el remordimiento, la lujuria y la maldad del hombre, y ahora ando buscando encontrarte —repetía yo misteriosamente.

En cada aldea que llegaba siempre había alguien: una niña, un anciano, un loco, un desheredado, que me entregaba, sin apenas pronunciar palabra, el cuello de un vestido, una carta, un puñado de semillas, un anillo, un mapa, una cinta del pelo...

Yo lo iba metiendo todo en un saco que llevaba conmigo, donde también guardaba el «*Libro de los Proverbios*», y por incompresible que pudiera parecer, nunca faltó espacio en aquel saco para dar cabida a los innumerables objetos que me iban dando.

En todos los lugares por donde yo pasaba sabían que a la mañana siguiente ya me habría ido, pero sin embargo me trataban como si fuera a quedarme allí y permanecer con ellos en el valle para siempre.

Así llevaba años en mi largo peregrinar de valle en valle, cuando un día, después de caminar durante horas por un bosque lleno de lirios, abandoné el musgo que rodeaba los últimos árboles justo a tiempo para contemplar cómo el cielo empezaba a grisear y el viento, cada vez más fuerte, iba acercando desordenadamente nubes negras sobre mi cabeza.

La tierra se fue volviendo árida y rocosa hasta que aparecieron por el sucio horizonte las primeras casas improvisadas con trozos de tablas, planchas de latón sujetas con cuerdas y telas deshilachadas tensadas por el viento hasta romperlas. Enseguida comprendí que estaba llegando al «*Valle de la Guerra*», donde durante siglos unos vivían enfrentados a los otros y la fuerza de la espada y la barbarie habían enterrado pueblos enteros.

No era la primera vez que lo cruzaba. Por eso, sabiendo los peligros que me acecharían en aquel valle, volví a sentir el miedo de morir en él.

